

PRESENTACIÓN DEL *DOSSIER* WITTGENSTEIN: LENGUAJE, SIGNIFICADO Y MÉTODO

Federico Marulanda*

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

En este *dossier* se reúnen tres artículos inéditos en los que se estudian aspectos centrales de la filosofía de Ludwig Wittgenstein. Los trabajos abordan, principalmente, la génesis de la teoría de la significación lingüística del primer Wittgenstein, pupilo y crítico de Bertrand Russell; el desarrollo de dicha teoría y su enunciación canónica en el *Tractatus*; y el inicio de su desmantelamiento y reconfiguración en el periodo intermedio. Esta evolución de las ideas respecto del significado supone, además, una importante transformación tanto de la metodología con la que Wittgenstein encara los problemas filosóficos, como de su concepción misma de la filosofía, cuestiones que también son tratadas en los textos a continuación.

Etapas en el pensamiento de Wittgenstein

La anterior introducción indica que los artículos que integran el *dossier* rastrean un desarrollo marcado en el pensamiento wittgensteiniano. Como sucede con cualquier asunto sustantivo de la filosofía o de su his-

toria, la delimitación de las etapas de este desarrollo es un punto sobre el cual no existe completo acuerdo. No obstante, puesto que los textos presentados presuponen familiaridad con este trasfondo, creo pertinente mencionar algunas maneras de fijar los distintos periodos de la producción de Wittgenstein.

Una división natural es entre un primer periodo, en el cual aparece el único gran trabajo que Wittgenstein publicara en vida —el *Tractatus Logico Philosophicus* (1921)—, seguido por un distanciamiento de varios años de la academia, seguido por un retorno a la filosofía en un segundo periodo, que va desde el final de la década de 1920 hasta su muerte en 1951. Además de ser nítida cronológicamente, esta delimitación tiene la virtud de haber sido sugerida por el propio Wittgenstein, en el prefacio de la obra maestra del segundo periodo —las *Investigaciones Filosóficas* (1953)—. Pero si bien en este prefacio Wittgenstein critica, desde su perspectiva presente, su “vieja manera de pensar”, al mismo tiempo explica que sus nuevas reflexiones sólo pueden ser cabalmente entendidas en comparación y contraste con las del periodo anterior, lo que evidentemente requiere, como mínimo, una continuidad temática en su pensamiento. Para quien aprecia la profundidad del cambio de perspectiva que tiene lugar en la filosofía de Wittgenstein se hace necesario ubicar, al interior de esta continuidad, un proceso gradual de evolución, en el cual ciertas ideas y posturas filosóficas claves se mantienen mientras que otras se desechan o transforman.

El artículo de Sandra Lazzer que se publica a continuación, ‘Wittgenstein y la articulación de la proposición’, muestra cómo las ideas de Wittgenstein sobre la significación lingüística —en particular, su teoría respecto de cómo, mediante proposiciones, logramos hacer afirmaciones o efectuar juicios, verdaderos o falsos, sobre estados de cosas— evolucionan al interior del primer periodo. Lazzer muestra cómo la bien conocida teoría tractariana de la proposición como retrato² no es la misma que figuraba en los estudios preliminares a la obra publicada. En las *Notes on Logic* de 1913 y en intercambios epistolares que Wittgenstein mantuvo

con Russell antes de que los incomunicara la Primera Guerra, queda registrada una teoría de la significación que a diferencia de la tractariana no postula un isomorfismo estructural entre proposiciones y hechos, entre lenguaje y mundo, sino que más bien se basa en una distinción primitiva, reminiscente de la distinción fregeana entre concepto y objeto, entre los tipos o categorías a los que pertenecen los elementos que constituyen la proposición.

Uno de los principales motores del desarrollo del pensamiento del “segundo Wittgenstein” es una nueva y más profunda revisión de la teoría de la significación. En “La Armonía entre el Lenguaje y la Realidad: del *Tractatus* al *Big Typescript*”, Alejandro Tomasini explica cómo la teoría tractariana de la representación (la teoría de la proposición como retrato) va transformándose, a partir de 1929, en una nueva postura respecto de la significación lingüística que, más allá de rechazar cualquier noción de isomorfismo entre proposiciones y hechos, eventualmente ni siquiera podrá ser descrita como una teoría. Lo que interesa resaltar aquí es que las etapas que llevarán a la formulación definitiva de la nueva postura van alcanzándose y registrándose gradualmente. Como Tomasini argumenta, en los primeros trabajos que Wittgenstein compone a partir de su regreso a la filosofía, especialmente en el *Big Typescript*, se abandona explícitamente la idea de la pictoricidad de la proposición pero todavía no se la sustituye por las nociones complementarias de juego de lenguaje y forma de vida, que ocuparán un lugar central en las *Investigaciones Filosóficas*. Más bien, lo que Wittgenstein empieza a enfatizar, aunque todavía dentro de ciertos parámetros formalísticos, es la aplicación de las proposiciones al interior de un contexto, la función que cumplen en nuestro actuar.

De lo anterior se desprende que es posible identificar un periodo intermedio o de transición en el pensamiento de Wittgenstein, en el que se inscribirían los trabajos, apuntes y notas de seminarios compuestos en la primera mitad de la década de 1930, y que culminaría con la formulación —aunque no la publicación—, en la segunda mitad de la década, de

las *Investigaciones Filosóficas* y de su volumen compañero, las *Observaciones sobre los Fundamentos de las Matemáticas*. Más aún, algunos especialistas identifican un cuarto y último periodo, durante y después de la Segunda Guerra, en el cual Wittgenstein se ocupará principalmente de temas de filosofía de la psicología, filosofía de la mente y epistemología.

Podemos, en suma, identificar una división básica entre un primer y un segundo periodo en el pensamiento de Wittgenstein, o podemos distinguir entre un periodo temprano, un periodo intermedio, y un periodo maduro, cada uno con sus propios momentos de evolución, a partir de los cuales podrían establecerse subdivisiones más finas. Adoptando para el caso actual el contraste más sencillo, concluiré esta sección llamando la atención al hecho sobresaliente que, a pesar de estar en evidente oposición, tanto el primer como el segundo periodo del pensamiento de Wittgenstein han sido excepcionalmente influyentes sobre el curso posterior de la filosofía.

El primer Wittgenstein no solamente hace que Russell —quien también tuvo y tiene una extensa esfera de influencia— cambie sus posturas en filosofía del lenguaje, de las matemáticas y epistemología, sino que a través de los miembros del círculo de Viena, está al origen del positivismo lógico y del empirismo lógico, y por consiguiente de buena parte de la filosofía de la ciencia y de la teoría del conocimiento desarrolladas durante la segunda mitad del siglo veinte, tanto en el viejo como en el nuevo mundo.

Por su parte, la influencia del segundo Wittgenstein se hace sentir ampliamente, y no sólo en la filosofía sino en las humanidades y en las ciencias sociales en general, a tal punto que sería imposible intentar resumirla en esta introducción. Me limito a ubicar un primer círculo de influencia entre los llamados “filósofos del lenguaje natural”, que incluye a importantes figuras como J.L. Austin, P.F. Strawson o J.L.A. Hart, por mencionar sólo a algunos. Adicionalmente, importantes argumentos de origen wittgensteiniano, por ejemplo sobre el seguimiento de reglas, sobre la coherencia de postular un lenguaje privado o del pensamiento,

o sobre la fundamentación de las creencias básicas, han sido interpretados, discutidos y desarrollados por sucesivas generaciones de filósofos pertenecientes a la totalidad de escuelas y tradiciones filosóficas de Occidente. Por último, el segundo Wittgenstein nos lega una metodología particular y una concepción original de la filosofía, que aunque sean en última instancia seguidas por pocos, marcan una auténtica alternativa en la historia de la filosofía.

Filosofía y método

Tanto Lazzer como Tomasini discuten en sus textos maneras en las que Wittgenstein ataca su propia teoría temprana de la significación lingüística. Una objeción que ambos mencionan, pero sobre la cual no profundizan, está dirigida al precepto tractariano según el cual las proposiciones elementales son lógicamente independientes.³ El error radica en haber supuesto que el lenguaje natural se comporta de manera análoga a los lenguajes artificiales empleados en los sistemas de lógica deductiva. Si bien en la formulación de cualquier lenguaje artificial se distingue un tipo de expresiones elementales que son lógicamente independientes unas de otras –lo que resulta indispensable para establecer recursivamente qué relaciones inferenciales se dan entre la totalidad de las expresiones del lenguaje– la imposición de una estructura análoga al análisis del lenguaje natural lleva a admitir absurdos, por ejemplo que una proposición epistémicamente básica y por ello presuntamente elemental como, digamos, ‘esta superficie es completamente roja’ es independiente de y por lo tanto puede ser simultáneamente afirmada junto con la proposición ‘esta [misma] superficie es completamente amarilla’.

Pero si un análisis del significado de las expresiones del lenguaje natural que sigue el modelo empleado para los lenguajes artificiales es excesivamente restrictivo y termina por generar conclusiones inadmisibles, ¿cuál es, entonces, el modelo correcto? Como Tomasini expone en

“La Armonía entre el Lenguaje y la Realidad”, la concepción que Wittgenstein progresivamente refina es de orden praxiológico. No empleamos el lenguaje natural de una única manera preestablecida: podemos, por ejemplo, dependiendo del contexto, significar lo mismo mediante expresiones que estructuralmente tienen poco o nada en común; resulta arbitrario establecer jerarquías entre las proposiciones, pues nuestro uso efectivo de ellas trasciende cualquier ordenamiento impuesto. En consecuencia, para el segundo Wittgenstein, el estudio filosófico del significado lingüístico no puede consistir en la construcción de una teoría sistemática y general. La metodología a seguir debe ser de otra índole, una que simultáneamente revele la multiplicidad de usos lingüísticos significativos y ponga al descubierto la futilidad de cualquier intento de subsumirlos bajo una teoría.

En su artículo “Anti-dogmatismo e imaginación: ejemplos, metáforas y juegos de lenguaje en el Wittgenstein de transición (1929-1934)”, Guadalupe Reinoso recoge y analiza maneras en las que el Wittgenstein de la etapa intermedia concibe y desarrolla una metodología que logre objetivos como los recién descritos. Según la lectura de Reinoso, “la propuesta de Wittgenstein no consistió en elaborar un método filosófico riguroso, con reglas fijas, sino en ofrecer una pluralidad de técnicas dispares para el ejercicio de una *habilidad*”. En dicha propuesta Reinoso identifica por lo menos dos estrategias: la primera, con raíces tractarianas, de no perder de vista la diferenciación entre los objetivos y resultados de la filosofía y los de las ciencias empíricas; la segunda, de orientación práctica, que consiste en el uso creativo de metáforas, escenarios hipotéticos, experimentos conceptuales y otros dispositivos, tanto para investigar la diversidad de usos del lenguaje, como para diagnosticar problemas y errores en los intentos de sistematización y generalización en la interpretación de las expresiones del lenguaje natural, y las confusiones filosóficas que de ellos surgen.

Con una metodología que incluye estrategias como las que Reinoso describe, se asocia una concepción particular de la filosofía. Como veía-

mos, el segundo Wittgenstein no concibe la filosofía como una disciplina cuyo objetivo sea la construcción de teorías, por ejemplo de una teoría del significado que determine correctamente qué es lo que un hablante entiende cuando entiende cualquier expresión de un lenguaje natural, o que explique qué tipo de conocimiento es el que manifiesta un hablante competente de un lenguaje natural, y cómo dicho conocimiento es adquirido. Y si bien a partir del periodo intermedio Wittgenstein rechaza que la actividad filosófica consista en sistematizar o teorizar, la discusión de Reinoso muestra que tampoco entiende que su finalidad sea hacer descubrimientos o proponer reformas, como si se tratara de una ciencia empírica o de alguna práctica prescriptiva. El objetivo, más bien, es contribuir a disipar perplejidades o confusiones como aquellas en las que invariablemente caemos cuando nos proponemos teorizar sobre la naturaleza del significado y de la representación lingüística.

Cerraré esta presentación esbozando brevemente algunos aspectos de la concepción wittgensteiniana del significado lingüístico en las *Investigaciones Filosóficas*, obra que queda por fuera de los periodos del pensamiento wittgensteiniano que los autores del *dossier* eligen estudiar, pero en la cual llegan a término el tipo de consideraciones sobre el funcionamiento del lenguaje que ellos discuten.

Comentarios sobre la concepción wittgensteiniana madura del significado

En el famoso párrafo §43 de las *Investigaciones Filosóficas* Wittgenstein escribe: “Para una gran clase de casos en los que empleamos la palabra “significado” –aunque no para todos–, ésta puede definirse así: el significado de una palabra es su uso en el lenguaje”. La importancia de la identificación de significado con uso anunciada en esta cita ha sido generalmente reconocida en la filosofía del lenguaje posterior a las *Investigaciones*. Dicho reconocimiento frecuentemente ha conducido a dos

resultados opuestos: por una parte, una corriente importante al interior de la filosofía del lenguaje ha criticado el eslogan “significado es uso” en términos de su insuficiencia teórica. Por otra parte, algunos filósofos han buscado incorporar la identificación de significado con uso a sus propios esfuerzos por desarrollar una teoría del significado. Consideraré un poco más detenidamente este asunto, para luego concluir reflexionando brevemente sobre algunas implicaciones de la concepción wittgensteiniana madura del significado.

Sin pretender hacer un repaso de la extensa literatura al respecto, podemos identificar algunas críticas recurrentes a la identificación de significado con uso: (i) la noción de uso es demasiado vaga, maleable u oscura como para que en ella descanse una teoría del significado; (ii) si significado fuera uso, no habría significados estables, ni comunicación posible; (iii) el significado de una expresión compleja depende del significado de sus componentes y de su forma de composición, pero a diferencia del significado, el uso no es composicional; (v) es posible dar ejemplos de expresiones complejas que son significativas pero para las cuales no existen usos; (vi) una teoría del significado con valor predictivo tendría que asociar significados con estados mentales internos. Importantes filósofos del lenguaje como Quine, Davidson, Kripke, Fodor y Chomsky han expresado críticas como las anteriores. Por el contrario, filósofos como Michael Dummett y Paul Horwich han buscado construir teorías del significado apoyándose en o alrededor de una noción de uso. En el siguiente pasaje característico, por ejemplo, Dummett pone de manifiesto su aceptación de la identificación de significado con uso, tomándola enseguida como base para criticar la semántica davidsoniana dominante según la cual el significado de una expresión compleja del lenguaje natural se determina por sus condiciones clásicas de verdad, mientras que el significado de un componente oracional consiste en la aportación que hace a las condiciones de verdad de la expresión compleja en la que aparece:

if meaning is use, that is, if the knowledge in which a speaker's understanding of a sentence consists must be capable of being fully manifested by his linguistic practice, it appears that a model of meaning in terms of a knowledge of truth-conditions is possible only if we construe truth in such a way that the principle of bivalence fails; and this means, in effect, some notion of truth under which the truth of a sentence implies the possibility, in principle, of *our* recognizing its truth.⁴

Por su parte, Horwich propone:

For each word, *w*, there is a regularity of the form

All uses of *w* stem from its possession of acceptance property $A(x)$, where $A(x)$ gives the circumstances in which certain specified sentences containing *w* are accepted. Think of all the facts regarding a person's linguistic behaviour –the sum of everything he will say–, and in what circumstances. The thesis is that this constellation of data may be unified and explained in terms of a relatively small and simple body of factors and principles including, for each word, a basic use regularity.⁵

Resulta interesante constatar cómo tanto críticos como simpatizantes de la postura wittgensteiniana descontextualizan la identificación de significado con uso expresada en *Investigaciones Filosóficas* §43, e ignoran por completo la metodología y la concepción de la filosofía que rodean a este párrafo y delimitan lo que allí se plantea. En primer lugar, en el mencionado pasaje Wittgenstein explícitamente advierte que no está proponiendo una identificación rigurosa, sin excepciones, de significados con usos (“para una *gran* clase de casos [...] –aunque no para todos–”). En segundo lugar, debería quedar claro para todo aquel que viene siguiendo la discusión hasta el párrafo 43 que Wittgenstein en ningún momento se propone ofrecer una regimentación del uso lingüístico sobre la cual basar una teoría del significado. Los artículos del presente *dossier* dan muestras de que sería imposible desarrollar algo así: Tomasini da ejemplos de cómo los usos del lenguaje son diversos, impredecibles, dependientes de un contexto cuya demarcación sería o bien arbitraria o bien imprecisa, paradigmáticamente no sistematizables. Más aún, tanto

Tomasini como Reinoso explican cómo, para Wittgenstein (aunque tal vez no para los posteriores filósofos del lenguaje ordinario), lo filosóficamente crucial no son los usos actuales del lenguaje, el catálogo de formas en que esta o aquella comunidad lingüística efectivamente emplean en algún momento ciertas expresiones, sino más bien sus usos posibles, las ilimitadas maneras en las cuales juegos de lenguaje podrían ser utilizados para lograr fines insertos en, y determinantes de, formas de vida.

Es, pues, equivocado interpretar la asociación entre significado y uso planteada en las *Investigaciones Filosóficas* como el fundamento de una teoría del significado, exitosa o fallida. Más bien veamos qué es lo que sin ambigüedades propone Wittgenstein desde el primer momento de este estudio:

1. [...] Pensemos ahora en el siguiente uso del lenguaje: Envío a alguien a hacer compras. Le doy una hoja inscrita 'cinco manzanas rojas'. Lleva la hoja al tendero, y éste abre el cajón marcado 'manzanas'; luego busca en una tabla la palabra 'rojo' y frente a ella encuentra una muestra de color; después dice la serie de los números cardinales —supongo que la sabe de memoria— hasta la palabra 'cinco' y por cada numeral toma del cajón una manzana que tiene el color de la muestra. —Así, y similarmente, se opera con palabras. —“¿Pero cómo sabe dónde y cómo debe consultar la palabra 'rojo' y qué tiene que hacer con la palabra 'cinco'?” —Bueno, yo supongo que *actúa* como he descrito. Las explicaciones tienen en algún lugar un final. —¿Pero cuál es el significado de la palabra 'cinco'? —No se habla aquí en absoluto de tal cosa; sólo de cómo la palabra 'cinco' se usa.

5. Si se considera el ejemplo de §1, se puede quizá vislumbrar hasta qué punto la concepción general del significado de la palabra circunda al funcionamiento del lenguaje de un halo que hace imposible la visión clara. Disipa la niebla estudiar los fenómenos del lenguaje en géneros primitivos de su empleo en los que se puede dominar con la vista claramente la finalidad y el funcionamiento de las palabras.

El niño emplea formas primitivas de lenguaje como esas cuando aprende a hablar. El aprendizaje del lenguaje no es aquí una explicación, sino un adiestramiento.

10. ¿Qué significan, pues, las palabras de este lenguaje?⁶— ¿Cómo debe mostrarse lo que significan, si no es en su modo de uso? Y eso ya lo hemos descrito.

Cualquier sistema lógico consiste de tres componentes: un lenguaje artificial con reglas de formación sintáctica precisas, una interpretación de la totalidad de las expresiones de ese lenguaje mediante una teoría semántica, y un cálculo para operar sobre las expresiones del lenguaje mediante axiomas y reglas de inferencia. El objetivo básico de plantear dichos sistemas es estudiar las relaciones inferenciales entre las expresiones de los lenguajes artificiales postulados, esto es, establecer qué se sigue correctamente a partir de qué. Sobre la base de un número de abstracciones y generalizaciones, el análisis de las relaciones inferenciales establecidas entre enunciados de un sistema lógico permite extraer conclusiones con carácter normativo respecto de por lo menos algunas relaciones inferenciales entre enunciados del lenguaje natural. Hasta aquí no hay controversia. Pero los filósofos del lenguaje que buscan construir una teoría del significado quieren más. De manera análoga a como se hace para un lenguaje artificial perteneciente a un sistema lógico, buscan desarrollar una teoría semántica o interpretación de la totalidad de las expresiones del lenguaje natural; exigen, además, que tal teoría sea consonante con sus requisitos epistemológicos preferidos. Podemos entender al Wittgenstein maduro como advirtiéndolo, por adelantado, de las trampas que esperan a quien haga suya tal empresa. El lenguaje natural no sigue reglas sintácticas o semánticas predeterminadas o fijas —y en ello radica, por lo menos parcialmente, la riqueza de nuestra experiencia—. Esto no quiere decir que sea imposible o inútil desarrollar teorías y métodos de interpretación algorítmica de porciones cada vez más amplias del lenguaje natural: el punto de Wittgenstein, si bien lo entiendo, es simplemente que ésta no es una tarea para la filosofía.

Lo que sí es una tarea filosófica es obtener claridad respecto del fenómeno general de la significación lingüística. La enseñanza de Wittgenstein es que dicha claridad no se obtiene mediante la posesión de una teoría que pueda entregar, para cada expresión del lenguaje, la totalidad de sus significados. ¿Entonces cómo? Veamos lo que hacemos, o imaginemos lo que podríamos hacer, cuando nos damos a entender

mutuamente a través del lenguaje. En primer lugar, participamos en un sinnúmero de prácticas lingüísticas, generalmente con el propósito de lograr, o intentar lograr, objetivos específicos. Ganamos acceso a dichas prácticas –nos hacemos adeptos en la consecución de objetivos a través de usos lingüísticos– mediante procesos de entrenamiento, como el que tuvo que haber seguido el tendero que aparece en *Investigaciones Filosóficas* §1. El entrenamiento en comunidades lingüísticas nos enseña las reglas que gobiernan la participación en diversos juegos de lenguaje: lo que Wittgenstein llama la *gramática* de estos juegos. Hace parte de la gramática de muchos de estos juegos –pero no de todos– que si al participar en uno de ellos afirmo, por ejemplo, ‘el invierno ha sido largo y frío’, me comprometo, entre otras cosas, con que el invierno ha sido frío. La gramática de muchos juegos de lenguaje incluiría, pues, las reglas de la lógica deductiva. Desentrañar y describir las articulaciones conceptuales en las que consiste la gramática de los juegos de lenguaje en los que nos vemos inmersos es, sin duda, un objetivo de la filosofía, tal como Wittgenstein la concibe –aunque se trate, por fuerza, de una tarea inacabable.

Pero ¿qué hay detrás de las reglas gramaticales sobre las que se erige el significado lingüístico? ¿Por qué elegimos las que elegimos? ¿Es coincidencia que las reglas de la lógica deductiva figuren en la articulación conceptual de muchos de los juegos de lenguaje en los que participamos? ¿No habrá, más bien, un núcleo duro de reglas necesarias para la articulación de cualquier discurso significativo, cuya delimitación proporcione la clave para la resolución de grandes problemas lógicos, epistemológicos y metafísicos? ¿No será que la realidad misma, o las condiciones de posibilidad de conocerla, de algún modo imponen restricciones sobre las reglas que pueden cumplir este papel articulador? En la última sección de su artículo para este *dossier*, Tomasini confronta directamente preguntas como las anteriores. Según su lectura de Wittgenstein, debemos distinguir dos perspectivas. Desde una perspectiva absolutamente general, son tan variados los juegos de lenguaje, tantas las formas de vida,

que buscaríamos en vano ese núcleo duro, ese armazón necesario de la significatividad. Por el contrario, desde una perspectiva más estrecha, antropológica por así decirlo, sí podríamos ubicar razones diversas para la adopción de éste o aquél esquema lógico-gramatical. Pero esto último tampoco es una tarea para la filosofía.

Notas

* Federico Marulanda estuvo a cargo del *dossier* de este número. Es profesor de la Facultad de Filosofía “Dr. Samuel Ramos Magaña” de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y es integrante del Consejo Editorial de esta revista.

¹ *Tractatus Logico Philosophicus*, 2.1 ss.

² *Tractatus Logico Philosophicus* 5.152.

³ M. Dummett, “What does the Appeal to Use Do for the Theory of Meaning?”. En M. Dummett, *The Seas of Language* (Oxford: Clarendon Press, 1993), p. 116.

⁴ P. Horwich, *Meaning* (Oxford: Clarendon Press, 1998), p. 45.

⁵ El texto no se refiere al lenguaje empleado en el ejemplo de §1, sino a uno similar que aparece en §2 y §8, pero los pormenores del ejemplo en nada alteran el punto.